

del diálogo a la denuncia

A lo largo de más de medio siglo, no ha faltado en la vida teatral española la formulación de una disidencia. Bastaría recordar las posiciones del último Valle Inclán, escribiendo de espaldas a las exigencias del público y de los empresarios de la época, o los artículos de don Miguel de Unamuno sobre la "regeneración del teatro español", para constatar que estamos ante un viejo mal, en perfecta correlación con los males de la estructura social española. Puede, pues, asegurarse que las bases estéticas y sociales del teatro español han tenido en contra a un amplio sector de intelectuales integrados en los más diversos campos de creación. Con la diferencia, claro, de que si un novelista, por ejemplo, ha dejado simple y llanamente de hablar del tema, quienes han sentido un interés específico por el teatro no han tenido más remedio que ordenar su crítica, a veces, incluso, a través de dramas difícil y excepcionalmente representados.

Esta situación puede decirse que es una constante de todo el teatro español moderno. Sin embargo, en los últimos tiempos se ha agudizado. Primero, por el desarrollo general de la organización del teatro europeo —ejemplo: en Alemania del Oeste funcionan 176 teatros subvencionados por los municipios—, cada vez menos confiado a los intereses privados. Segundo, porque esta apertura de la escena a más anchos públicos ha ido afectando a su temática, cambiando el signo del teatro desde la aventura o entretenimiento de una clase reducida a un fenómeno cultural en el que están implicados conflictos y procesos más generales. Estos dos aspectos de la evolución teatral, sólo tíbilmente acusados en la vida española, son quizá el origen de ese permanente aumento de la disconformidad. Lo que un día fue excepcional es hoy una actitud generalizada, hasta el punto de poderse hablar de un crepúsculo —más o menos largo, todavía— de los criterios e intereses que dominaban años atrás los escenarios, sin más riesgo que el de alguna crítica desfavorable.

Naturalmente, esta situación produce una serie de desarraigos en los hombres que "han conducido", y, por lo general, "conducen", el teatro español contemporáneo, resueltas por unos u otros según su calidad humana y la mayor o menor riqueza de sus antiguas actitudes. Los hay que han comprendido el proceso evolutivo. Los hay, en cambio, que se niegan ferocemente a él, sintiéndose automáticamente condenados por las opiniones contrarias a los trazos generales de la vida teatral española.

El reciente número de "Cuadernos para el diálogo" dedicado al teatro es un buen ejemplo de lo que digo. Basta repasar la amplísima lista de sus colaboradores —40 nombres, aproximadamente, de distintas generaciones— para comprender que lo sostenido en general a lo largo de sus páginas, guste o no al lector, le parezca mal o bien, más o menos abierto, más o menos sabido, representa la posición de un grupo numeroso, y aun heterogéneo, de personas seriamente interesadas por el teatro. En última instancia, el número de "Cuadernos" viene a ser la prueba de una vitalidad soterrada, de la existencia de una serie de criterios y corrientes que potencian el futuro de la escena española.

En "Cuadernos" acaba de sintetizarse una meditación de varios años, completada y enriquecida por varios críticos o teóricos jóvenes, cuya presencia —al lado de nombres ya conocidos— viene a significar una "puerta al día" de las posiciones de disconformidad que rodean a la cotidianidad teatral española, no hace mucho también expresadas en las Conversaciones Nacionales celebradas en Córdoba.

Todo este material, elaborado a lo largo de años, viene a materializar un cuerpo crítico, más o menos organizado, y siempre gravitando sobre las torpezas de la escena española. De hecho, hasta podría decirse que el destino de sus representantes más destacados ha sido el de desgastarse patéticamente al tiempo que desgastaban la concepción mercantil y clasista del teatro español.

También podría, quizá, aventurarse que, dentro de la coyuntura nacional, este cuerpo crítico ha empezado a ejercer una presión no sólo de "desgaste" de lo inservible, sino de estímulo de algunas importantes decisiones. Los criterios generales del anteproyecto de ley del teatro o la liquidación de la primera etapa del Nacional de Cámara y Ensayo son una prueba. Desde aquella hostezada "Eufemia" a la última fase del Beatrice, o desde el criterio mercantil de las subvastas de los teatros municipales a los previstos centros dramáticos regionales, hay docenas de diferencias.

Uno de los problemas —dentro de las cuestiones generales que hoy debate la sociedad y el teatro españoles— está en el grado de representatividad y poder de los que se oponen al curso coherente del teatro español. En la capacidad de obstrucción de los que defienden la agonia de sus ideas teatrales, falsando los argumentos de la crítica a la escena española, y situando el problema en terrenos sobre los que no es posible el diálogo intelectual.

JOSE MONLEON

el campeonato del mundo 1966

A las puertas del Campeonato del Mundo de Fútbol de 1966, Brasil aparece como el equipo favorito. No hay dos sin tres, dicen los que creen en el triunfo de los malabaristas brasileños, recordando que éstos ya triunfaron en los torneos de 1958 y 1962. Pero la verdad es que, hasta ahora, el dicho nunca ha tenido confirmación. Italia ganó los Campeonatos de 1934 y 1938 y no pudo obtener el triple. Uruguay, que se impuso en 1930 —primer Campeonato del Mundo—, revalidó su título veinte años más tarde en Maracanã, sin que desde entonces haya hecho nada notable. Su juego frente a la selección española en La Coruña (1-1) no sirve para abonar ninguna esperanza seria.

La verdad es que analizando con todo rigor las posibilidades de los 16 participantes, las de Brasil son las que tienen mejor cimentación. No tan sólo por Pelé, la única "super-estrella" del momento, sino por la incorporación a sus filas de jóvenes y valiosos elementos, como Jairzinho, Gerson y Paraná, que pueden ser la revelación del Campeonato. Ciertamente, en Chile, hace cuatro años, el triunfo de Brasil fue el del tuerto en la tierra de los ciegos, porque pocas veces se ha visto una competición mundial tan anodina y triste de calidad. Fue precisa toda la genialidad de Garrincha —Pelé era baja, lesionado contra Méjico— para que los futbolistas de la camiseta amarilla renovaran su éxito de Estocolmo.

Se piensa que en Inglaterra la calidad será mejor, el nivel más alto y, pese a las tácticas defensivas en boga, el fútbol más abierto. Ojalá. Si es así, el Sindicato de Apuestas Británico, que juega el papel brasileño, puede acertar. En caso contrario, si los acerrojoso no sólo predominan, sino que dominan la situación, podemos enfrentarnos con soluciones inesperadas.

Nuestro pronóstico es que el título está entre Brasil e Inglaterra. Los brasileños porque forman el conjunto más armónico, coordinado y artístico que existe en estos momentos, alimentado por la pólvora de Pelé, el inimitable. Los ingleses porque juegan al amparo de un ambiente exaltado y deben creerse ante todas las dificultades. En realidad, la ambientación sugestionadora o excita los límites de rendimiento del cuadro que juega en casa. Uruguay triunfó en Montevideo, en 1930; Italia, en Roma, en 1934; Brasil fue finalista en 1950, en Río de Janeiro; Suiza hizo un gran papel, en Berna, en 1954; los suecos fueron finalistas, en Estocolmo, en 1958, y los chilenos alcanzaron la semifinal, en su país, en 1962, para ser sólo batidos por los brasileños, que luego se adjudicaron la Copa «Jules Rimet».

Los ingleses se han preparado, además, a conciencia, poseen un gran equipo, como demostraron en Madrid contra España, y algunas de sus individualidades alcanzan rango mundial, como su centrocampista Bobby Charlton, o el delantero Jimmy Greaves. Al canchero de Wembley, este equipo puede hacer maravillas y restañar las heridas de su orgullo herido, pues Inglaterra, cuna del fútbol, jamás ha jugado la final de un Campeonato del Mundo.

Detrás de Brasil e Inglaterra, hay que colocar como «outsiders» a Alemania, Italia, Rusia y España. Alemania y Rusia poseen la fibra, el nervio y la resistencia atlética. Italia y España, el relámpago de genialidad y la rapidez. Un torneo de este tipo exige condición física de primer grado, porque los partidos se suceden sin interrupción y, siendo la entrega total, sin contemplaciones, el desgaste es tremendo. Sin embargo, la inteligencia y la velocidad típicamente latinas pesan lo suyo y no deben ser desdeñadas, aunque, a nuestro criterio, siempre estarán subordinadas a los conceptos del fútbol-atletico, que es el que manda y templará en un Mundial.

España está situada, como ustedes saben, en el grupo de Alemania Occidental, Argentina y Suiza. No es un mal grupo, habida cuenta de que son dos los equipos que se califican para los cuartos de final. Los argentinos, que, a su llegada a Europa fueron goleados por los italianos (0-3) y perdieron (0-1) contra los austriacos, parecen estar a nuestro alcance. Los suizos sólo poseen fuerza, pero están ausentes de vivacidad y, lógicamente, deben quedar en último lugar. Aunque Alemania nos gane, la selección española debe pasar a la ronda siguiente, donde, si las elucubraciones no fallan, deberá enfrentarse a Inglaterra, puesto que el subcampeón del grupo B ha de competir con el campeón del grupo A (Inglaterra, Uruguay, Francia y Méjico).

Habría que agregar que, en buena lógica, España no debe pasar de ahí. No somos agoreros, y nos alegraría que no fuese así. Además, la lógica en fútbol no deja de ser un fantasma caprichoso, sin orden ni concierto. Nuestra selección es buena, pero no grande ni magnífica, y si Villalonga la ha preparado físicamente a conciencia, tiene el defecto de haber empezado muy tarde su conjunción, tal vez porque al seleccionador le han atenazado o los intereses creados o las dudas absurdas. Ha habido un retraso lamentable en ello, y contra Uruguay quedó bien plasmado.

No perdamos las esperanzas del todo, sin embargo. No tendría razón de ser el deporte si no estuviera sazonado con la salsa de la ilusión. Nosotros no pensamos sinceramente en que España gane el título mundial, pero vamos a ir a Inglaterra con el deseo tremendo de que lo gane. Aunque la razón diga que no será así.

J. J. CASTILLO